

ningun alimento en tanto que no se le die-  
ra la cruz, y el obispo, no osando negárse-  
la, se la puso derramando abundantes lá-  
grimas. Dos años empleó el rey en hacer  
los preparativos para su expedicion.

Entretanto el Papa habia escogido para  
su retiro la ciudad de Lyon, que entonces  
era plaza neutral, y solo dependia de su  
arzobispo y de su cabildo. Llegó á ella á  
mediados de diciembre del año 1244, y en  
el mes de enero siguiente hizo la convoca-  
toria para el próximo San Juan, del concilio  
general, tan célebre por la sentencia que  
él se fulminó nuevamente contra el empe-  
rador Federico II. Tenemos algunas de sus  
cartas escritas con este motivo, una al arzo-  
bispo de Sens para él y sus sufragáneos,  
otra al cabildo de la misma iglesia, otra al  
rey San Luis y varias mas á algunos carden-  
ales. En todas ellas el Papa representaba  
á la Iglesia animada de la sabiduría y poder  
de su Divino fundador como singularmente  
destinada á hacer reinar en el mundo la  
justicia y por medio de esta sofocar entre

los hombres las divisiones y las guerras que  
les impiden gozar de una santa tranquili-  
dad (1). Con arreglo á estos principios y  
persuadido de las obligaciones anejas al  
ministerio que la Providencia le habia con-  
fiado, buscaba, decia, en el consejo y auxi-  
lio de los fieles el medio de disipar la des-  
hecha borrasca que tenia puesta en peligro  
á la Religion y á la Iglesia. Pero sin entrar  
detenidamente en menudo detalle de los  
males que pedian remedio, proponia en ge-  
neral lo que era necesario para rechazar á  
los infieles, sarracenos y tártaros, y para  
conciliar los diferentes intereses que de un  
modo tan funesto traian divididos á él que  
era el Vicario de Jesucristo y al emperador  
Federico. Este era principalmente el doble  
motivo que le impulsaba á convocar en una  
asamblea todo lo mas eminente que habia  
en la Iglesia y en el mundo cristiano (2).

(1) Labbe, t. 11, p. 636.  
(2) Hist. de l'Eglise galic. l. 32.

LIBRO CUADRAGÉSIMO.

Desde el primer Concilio general de Lyon en el año 1245, hasta  
el fin del segundo en el de 1274.

CELEBRARONSE en Lyon en menos de treinta  
años dos concilios generales, ambos cé-  
lebres, aunque por motivos muy diferentes.  
Veremos en el segundo ahogada la divi-  
sion, á lo menos por algun tiempo, entre  
los griegos y los latinos, quitado al cisma  
el título de prescripcion, y abierto nue-  
vamente el camino de la salvacion á los  
fieles de Oriente, que caminaban delante  
del Señor con mas rectitud que los gefes de  
la nacion, guiados principalmente por la  
política. Por el contrario, el grande objeto  
del primero de estos concilios fué la reno-  
vacion de la excomunion contra el empera-  
dor Federico.

Llegado que hubo el dia en que habia  
de celebrarse este concilio, hallábanse en  
Lyon, además del Papa y los cardenales,  
los dos patriarcas latinos de Constantinopla  
y de Antioquia, el patriarca de Aquileya y  
unos ciento cuarenta entre arzobispos y obis-  
pos de Italia, de Francia, de España y de las  
islas Británicas. En vano habria sido espe-  
rar otros de las iglesias de Grecia y de Si-  
ria, ó de las de Hungría y del Norte, pues  
el estado de desolacion en que estas se en-  
contraban no les permitia concurrir (1); so-  
lamente se presentó el obispo de Berito  
(Palestina), que habia logrado salvarse de los  
destrozos que causaban los Corasmines. Des-

pues de los obispos habia muchos abades,  
superiores conventuales, y los generales de  
las órdenes de Santo Domingo y San Fran-  
cisco. Viéronse tambien algunos principes  
seculares ó sus diputados; Balduino, empe-  
rador de Constantinopla; Berenguer, conde  
de Provenza; Ramon ó Raimundo, conde de  
Tolosa; los embajadores del emperador Fe-  
derico, los del rey de Francia y los del de  
Inglaterra. Federico, desde la convocacion del con-  
cilio, habia mostrado respeto de este mas in-  
diferencia que inquietud y cuidado para im-  
pedir se tratase allí algo contra él; sin em-  
bargo, no pudiendo ocultársele que habia  
cometido acciones que le ponian en eviden-  
te necesidad de procurarse votos en él, en-  
vió algunos señores ó ministros de su  
córte que hicieran en su favor el oficio de  
procuradores; entre ellos iba Tadeo de Suesa,  
gefe del consejo imperial, hombre en-  
tendido y elocuente, á quien se dá el título  
de caballero doctor en el estudio de las le-  
yes.

Desde luego conoció Tadeo de Suesa  
cuán peligroso seria dejar se afirmasen en  
los PP. las desfavorables impresiones que  
de su amo habian concebido. Así que, ape-  
nas el Papa reunió por la primera vez los  
prelados para una conferencia preliminar, el  
hábil ministro deslumbró á todos con la mag-  
nificencia de sus ofertas. A vista de las se-  
guridades que dió de la buena voluntad de  
Federico se estuvo á punto de empezar á

(1) Spond, 1245, n. 11 et seq.; Rain. eod. ann. n.  
27 et seq.; Matth. Paris, p. 633, ed. 1616.  
B. del C., tomo V.—XVIII.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo III.

gustar ya la dulzura de ver por su medio reunida ó sometida á los latinos la cismática Grecia, espulsados de Palestina los Corasmines, domeñados los sarracenos, disipados los tártaros y (lo que aun era mas difícil de persuadir) él mismo, abjurando sus preveniciones contra la Iglesia romana, reparar todos los daños y satisfacer á todas las injurias de que esta se quejaba. No pudo menos el Papa de admirar la osadía del orador, y así su respuesta se redujo á la siguiente exclamación: «¡Bellas y magníficas promesas! pero por desgracia son las mismas que ya me tenia hechas y de las que no esperó mejor cumplimiento en lo adelante que el ninguno que hasta aquí han tenido. Es claro y evidente que el repetir las ahora el emperador es únicamente para apartar la segur que está ya á la raíz del árbol, y para burlarse luego del concilio cuando ya no le tema: yo no le pido otra cosa sino que observe la paz bajo las condiciones con que acaba de jurarla por la salvacion de su alma; cúmplalas y me doy por satisfecho. Pegacaso deberé entregarme yo á su inconstancia y correr de nuevo el riesgo de una nueva infidelidad? Si yo aceptase ahora la palabra que me da, ¿qué garantía tendré yo, y quién podrá obligarle á cumplirla si la violare?» — «Los reyes de Francia y de Inglaterra», respondió Tadeo sin vacilar. — «No queremos eso, replicó el Papa, no sea que si el emperador faltase á su palabra, como ha faltado á ella hasta ahora, tengamos que reclamar contra los fiadores, y entonces tengamos tres enemigos de la Iglesia en lugar de uno, y cabalmente los principes mas temibles.»

Por muchos poderes que tuviese Tadeo para asistir al Concilio, no los tenia para el tratado jurado en Roma el año anterior, que era el que el Papa recordaba al emperador; y así tomó el partido de callar.

Hasta el miércoles 28 de junio, vispe-

ra de la fiesta de San Pedro y San Pablo, no se abrió el Concilio, efectuándose su apertura en la iglesia catedral de San Juan. El Papa, que le presidia, predicó un sermón para él que tomó por texto las siguientes palabras de David: «Habeis proporcionado la grandeza de vuestros consuelos á la multitud de mis dolores;» ó segun Mateo Paris, estotras de Jeremías: «¡Oh! vosotros todos los que pasais por el camino, considerad y ved si hay dolor semejante á mi dolor.» Hacia aplicacion de los dolores de Jesucristo y de las cinco llagas que recibió en la cruz á las diferentes llagas que afligian á la Iglesia; á saber, el desarreglo en los prelados y en los pueblos, la arrogancia de los sarracenos, el cisma de los griegos, la crueldad de los tártaros, y la persecucion de Federico (1).

Si este último mal no era el mayor de los que tenia que deplorar, al menos creia que el Concilio podia remediarlo mejor que todos los demas; así pues hizo de él el objeto capital de su sermón, mostrándose tan enternecido al hablar de este fatal asunto, que derramando torrentes de lágrimas se veia precisado por sus sollozos á interrumpir el discurso.

El emperador tenia en Tadeo de Suesa un ministro activo é intrépido que no pudo estar mucho tiempo escuchando los capítulos de acusacion que alegaba el Papa, sin reclamar y ponerse á justificarle. Allí se reconoció cuán seguro estaba el Papa de todos los hechos que habia alegado; porque sufría pacientemente que Tadeo no solamente le contradijese y tratase de refutarle, sino que entrase en personalidades, y le opusiese sus propias cartas y hasta sutilizase y altercase con él llevando las cosas aun mas allá de lo que el respeto y aun solo la buena fé permitian. Pero por mas que

(1) Tom. 2. Conc. p. 368; Matth. Pat. an. 1243.

Tadeo insistiese en sus recriminaciones, no podia menos de reconocer él mismo su debilidad, dice Mateo Paris; pues cotejadas las cartas del Papa con las del emperador, aparecia evidentemente mas injusto y en peor lugar este principe, porque el contraste que ofrecian no presentaba de su parte sino promesas absolutas al paso que las del Papa eran condicionales. Por manera que, no habiéndose cumplido las condiciones, el Papa siempre quedaba libre, y por el contrario, el emperador quedaba siempre obligado á cumplir su palabra. Pareció notoriamente convencido de haberla infringido tantas veces cuantas la habia dado sin cumplirla; es decir, tantas cuantas por sus cartas ó por sus agentes habia accedido á algun tratado de acomodamiento.

Tadeo, hombre de talento y de recursos, á pesar de verse batido, no por eso dejó de contestar; pero lo hizo con rodeos y con mil subterfugios pretendiendo justificar á su amo. No alegaba mas que débiles luces sin apariencias, continúa el historiador inglés. No fué mas feliz en su pretension de querer excusar á Federico de la acusacion de heregia; ó mas bien no hizo mas que tocar ligeramente este punto, contentándose con decir que ni él ni nadie podian hablar acerca de este con suficientes datos, sino el mismo Federico, pues que las faltas de que en este particular le acusaba el Papa eran puramente interiores. «Al menos, añadió, el emperador no toleraba usureros;» espresion que fué mirada como una maligna invectiva contra los oficiales del Papa; espresion que solo podia servir para distraer hacia esta parte los ánimos y que á nada conducia respecto de la cuestion de que se trataba.

Las acusaciones relativas á las relaciones de Federico con el soldan de Babilonia, á las gracias que concedia á los sarracenos establecidos en Sicilia y á los malos rumores

á que daban margen las mugeres de aquella nacion que tenia en su corte, no fueron menos rechazadas por su apologista que la de las falsas promesas.

Cuando Tadeo habia dicho ya lo bastante para amortiguar la primera indignacion del Papa é impedirle llevarse tras sí á la asamblea, mudó ya de tono. No le convenia ya la altanería al observar la situacion en que se encontraban los obispos y aun los legos; mostróse pues humilde y blando; pidió un plazo de algunos dias para informar al emperador acerca de lo que él estaba presenciando y empeñarle con las mas enérgicas representaciones ó á que él mismo se presentase en el concilio que le esperaba, ó le enviase poderes mas estensos que pudieran servirle cuando llegase el caso. «Dios me libre de aceptar vuestra proposicion, respondió el Papa. Sé muy bien todo lo de que es capaz el emperador y cuánto me costó el escaparme de sus asechanzas. No puede llevarse á mal que yo las tema todavia; si él viniera aqui, yo me marcharia: mi valor no llega hasta desear morir mártir ó arrosar los rigores de una prision.»

El Papa, al acelerar cuanto podia la condenacion del emperador, creia descubrir en la asamblea deseos é intenciones tan conformes con las suyas que le costaba trabajo contemporizar; accedió sin embargo á las instancias de los embajadores de Francia y de Inglaterra que apoyaron la peticion del ministro imperial, y consintió en concederle á ruego de estos un plazo de unas dos semanas.

Entretanto Federico se entregaba á la impetuosidad de su genio que le hacia mudar de parecer á cada instante. Andaba dando vueltas por las fronteras de Italia, sin saber qué partido tomar: ya se acercaba á Lyon, como queriendo ir á dar razon de su conducta; ya se detenía en algunas ciudades al pie de los Alpes, avergonzándose

de reconocer jueces, ó de confesar tenia necesidad de justificarse. «El Papa, dijo Federico al saber las noticias que recibió en Turin, el Papa manifiesta claramente que quiere cubrirme de oprobio. Resentido de que yo hiciera apresar á los genoveses parientes suyos, escita hoy contra mí todo este fracaso; pero yo soy emperador, y se humillaría por mi sumision la magestad del imperio si me rebajara yo á sufrir el juicio de un concilio y principalmente de un concilio que me es contrario (1).»

Con este razonamiento creyóse autorizado para no pasar mas adelante; y esa fué toda la respuesta que dió á la invitacion de Tadeo de Suesa, desdeñándose hasta de enviarle nuevos poderes. No pudo decidirse á ello, aunque al mismo tiempo mandó marchasen al concilio tres nuevos agentes, á saber, el obispo de Frisinga, el gran maestre del orden teutónico y el célebre Pedro de las Viñas, que era de entre sus secretarios el que le inspiraba mayor confianza. Mas sea cual fuere la comision que les dió, ellos no hicieron por él cosa particular en el concilio. Segun las apariencias, se propusieron no llegar al concilio hasta despues de la tercera sesion que habia de ser la decisiva y que estaba señalada para el 17 de julio.

La segunda sesion que se habia celebrado el 5 del mismo mes y las conferencias particulares que entretanto se habian tenido, se emplearon en rudos altercados, especialmente cuando los PP. supieron la determinacion del emperador y el desprecio que hacia del concilio. Todos le trataron de contumáz y rebelde á la autoridad de la Iglesia; y segun la espresion del historiador (2) era menester se hubiesen coaligado contra él las cuatro partes de la tierra

(1) Matth. Par. p. 645.

(2) *Ibid.*

para multiplicar los acusadores. La acusacion que unánimemente se seguia con mas calor era la relativa á las crueldades ejercidas de órden suya contra los prelados que iban á Roma durante el pontificado de Gregorio IX. Tadeo de Suesa volvió á manifestar por algun tiempo su primera intrepidez en defenderle, á causa de lo fácil que le fué cebarse separadamente en muchos prelados de quienes estaba justamente descontento Federico; mas para dejar cortado al orador y en grande apuro, no hubo necesidad de examinar muy profundamente la manera con que en general se habia ensañado Federico contra los prelados llamados á Roma por el difunto Papa. Tadeo pasó por la condenacion en este artículo. «Mi amo, dijo, ha reconocido despues los excesos que habian cometido sus gentes, y los sintió muy de veras; si pues los inocentes han sido confundidos con los otros, debe atribuirse á la casualidad de un ataque brusco y repentino, y no á un premeditado designio de perderlos.»—«Pues ¿por qué, replicó el Papa, por qué ha permitido tenerlos presos, cuando estaba en su mano discernir entre unos y otros? ¿Por qué ha agravado sus padecimientos con una continuacion de males que solo puede atribuirse á una voluntad decidida y obstinada de no oír reclamaciones?»

Tadeo de Suesa trataba de disculpar á su amo contra una notoriedad harto pública. Conoció el Papa la ventajosa posicion en que se encontraba, y así dijo claramente por primera vez que habia muchos títulos que pedian la pena de deposicion. Esta palabra ofendió á los embajadores ingleses á quienes la afinidad contraída entre Federico y el rey de Inglaterra hacia mas atentos. Reclamaron; pero desesperados de poder parar el golpe y precisados á abandonar á Federico á su desgracia, se limitaron á interceder por el príncipe Conrado su hijo

á fin de que no fuese comprendido en la misma sentencia.

Tadeo de Suesa, aunque mas alarmado que nadie por estas disposiciones, no por eso pareció todavia desconcertado. En la tercera sesion se manifestó dispuesto á rechazar los ataques y al menos á vender muy cara su derrota. Miraba la apelacion como el último atrincheramiento jurídico; pero ¿á quién apelar de un concilio general que no se distinguia del cuerpo mismo de la Iglesia? Como este no era tan numeroso como podia serlo, apeló Tadeo á un concilio mas general; pero el Papa respondió que «el concilio, tal como era, nada mas exigia ó necesitaba para ser completamente general, y que lo era bastante por la asistencia de los patriarcas, de los arzobispos, de los obispos, de los príncipes, de los señores y de los agentes de muchos grandes príncipes, que allí habian concurrido de las diferentes partes del mundo cristiano. Trabajo les ha costado, añadió, haber esperado de vuestro amo un acto de sumision; pero hánle estado esperando en vano. Los que se hallan ausentes no han podido venir aqui por obstáculos que solo á sus artificios pueden imputarse. ¿Seria, pues, justo, hacer de esto un motivo de dilatar la sentencia de deposicion que merece y permitir que de su mismo fraude recoja el fruto que quiere sacar?»

El Papa, en la tercera sesion que por consideracion á Federico se aplazó para el 17 de julio, quiso primero satisfacer la devocion particular que él y los demas cardenales habian tenido á la Santísima Virgen, durante el cónclave que le habia elevado á la cátedra pontificia despues de Celestino IV. Los cardenales, vejados por Federico y molestados por las intrigas y enredos que les suscitaba, habian recurrido á la Madre de Dios, cuya Natividad se celebraba en la Iglesia hacia ya mas de dos si-

glos (1). Habian hecho voto de emplearse todos en aumentar la solemnidad de esta fiesta tan luego como tuvieran Papa. El objeto del voto era establecer una octava que Inocencio IV (segun algunos) concedió el año mismo de su eleccion en 1243; pero esto no obstante no la hallamos públicamente decretada por un acto de su autoridad hasta dos años despues, en este primer concilio de Lyon, con aprobacion del concilio.

Añadió algunos otros reglamentos acerca de las contestaciones y formalidades judiciales. Desesperando de cortar los principios de codicia que mantenian el desorden en la administracion de justicia, el Concilio no creyó rebajarse en corregir los procedimientos de esta y regularizarlos con sus estatutos. Este es el objeto de los doce primeros artículos, llamados instituciones ó capítulos. Los cinco últimos versan sobre asuntos mas interesantes.

El trece, titulado de *Las Usuras*, trata mucho menos de las usuras que de las deudas contraídas imprudentemente en las iglesias y del peligro en que respecto de sus temporalidades las ponen estas deudas. «Se hace, dice, entre los beneficiados una sucesion de gentes que se empeñan y contraen deudas por la facilidad de cargar ó dar en garantía sus beneficios.»

Creíase que con los bienes eclesiásticos era con lo que mas se debia contar para atender á los gastos de las diferentes guerras que en Siria, Grecia, Alemania é Italia parecian indispensables, atendidas las entonces actuales necesidades de la cristiandad. Pero este fondo iba aminorándose miserablemente de dia en dia, mas por la negligencia que por la disipacion de los beneficiados. Los PP. del concilio de Lyon acusaban de ello así á los vivos como á los muertos; á estos, porque no

(1) Tomo II Conc., p. 645.